



El domingo se entrevistaron, una vez más, Giscard d'Estaing y el canciller alemán Schmidt; es evidente que la situación general de la crisis, Carter y todos sus aspectos inmediatos fueron tema de esta conversación.

LA CRISIS QUE NO PRENDE

EDUARDO HARO TECLEN

QUIZA uno de los síntomas de la defervescencia en la crisis política mundial es el descenso, ya sostenido, del precio del oro. Los expertos lo atribuyen, sobre todo, a razones de carácter financiero y económico: la elevación de las tasas de interés en Estados Unidos sostiene el dólar y fuerza una necesidad de liquidez que obliga a los atesoradores de oro a vender. Al mismo tiempo, la prolongación del descenso de precio lleva a los especuladores a vender antes de que sea demasiado tarde. Pero la verdad es que si las circunstancias internacionales siguieran apuntando a la guerra, aunque sólo fuera a un recrudecimiento de la guerra fría, el oro no sería tan sensible a las reformas financieras y económicas. Sobre todo cuando las materias primas están subiendo incesantemente.

Sin embargo, los esfuerzos para sostener el tono de crisis no cesan en los centros conservadores del mundo occidental. Carter

propone que los Estados Unidos denuncien los acuerdos de limitación nuclear firmados ya con la URSS, pero pendientes de la aprobación por el Congreso —las "Salt"—; la OTAN advierte que la situación es grave en Europa: las relaciones entre el bloque soviético y el occidental "han alcanzado su nivel más bajo" y es preciso "una política unánime y fuerte", según declaraciones del secretario general de la OTAN, Luns, y hasta se movilizan exiliados soviéticos, como el general Grigorenko, que asegura en París que la URSS intervendrá militarmente en Europa antes de que termine el año.

¿A quién interesa que la crisis no ceda? Se ha dicho ya que al Presidente Carter, que ha encontrado una vía casi milagrosa para prosperar en el camino electoral. Pero no es un dato suficiente. Si la crisis sólo le favoreciera a él, no le dejarían manejarla con esta ligereza. Interesa al complejo militar industrial, a la fabricación de armas y servicios. No sólo

en los Estados Unidos, sino fuera de ellos: la OTAN está dirigida por personas que desean que haya más dinero para gastos militares: es un organismo que sólo se justifica por el riesgo de la guerra. Interesa a ciertas sociedades que necesitan del Imperio para sus beneficios: en las relaciones de Estados Unidos con América Latina hay un salto atrás, una retracción en el fomento a las nuevas democracias, como se está viendo palpablemente en el caso de El Salvador. La operación es muy larga y muy lejana. Se intenta sujetar a los países del Tercer Mundo y garantizar, por cualquier forma de fuerza, sus suministros de materias primas y energía, y se intenta contener en este aspecto a la URSS. Quizá el Afganistán, en este caso, interese menos por sí mismo que por su significado. Se está tratando de decir a la URSS que no se va a tolerar cualquier otra intromisión de este tipo en países de los que interesan a Estados Unidos.

Interesa transportar la crisis a Europa, llevar a los países más conflictivos la tensión de la guerra fría. Véase Italia. La crisis de Gobierno está a punto de estallar y la única solución que podría enfocarse sería la admisión del Partido Comunista en un Gobierno de coalición; pero el veto es más duro, y ahora se relaciona con el Afganistán. No importa el destroz de la Democracia Cristiana, no importa que el país se convierta en ingobernable. Es el caso de Portugal: alejar a la izquierda del Gobierno, cueste lo que cueste. Y puede costar una crisis institucional. Como interesa que Alemania Federal vuelva a ser el guerrero fronterizo de la posguerra anterior.

A pesar de todo, la crisis no prende. Podría decirse que, dentro de las necesidades de escolta de los Estados Unidos, la mayor parte de los países del mundo están realizando un esfuerzo para reducir la tensión. El domingo se han entrevistado, una vez más, Giscard d'Estaing y el canciller Schmidt. El tema oficial era el Oriente árabe, de donde acaba de llegar Giscard; pero es indudable que la situación general de la crisis Carter y todos sus aspectos inmediatos —Conferencia de Madrid, Olimpiada, sanciones económicas, rearme— estaban en esa conversación. El mismo tema del Oriente árabe es malo para Carter. Giscard d'Estaing es ahora un defensor de la causa palestina; puede ocurrir que Schmidt no se muestre contrario, y que se llegue al reconocimiento de la necesidad de un Estado palestino por todos los europeos de la Comunidad. Y de fuera de ella: el canciller austriaco Kreisky —que es judío— ha reconocido carácter diplomático a la representación de Palestina en Viena. Es otro avispero para Carter. Acaba de sucederle la terrible desgracia de tener que declarar que el voto a favor de Palestina por el delegado de Estados Unidos en la ONU fue "un error de transmisión" en las instrucciones. La realidad es que la tormenta desencadenada por la comunidad judía podía costarle a Carter la elección. Alguna vez se ha dicho que los Estados Unidos son un satélite de Israel: la cuestión va más allá que una simple broma, y una decisión judía en esta campaña es decisiva, no sólo por el importante número de votos de que dispone, sino por la movilización que puede hacer de prensa, televisión, radio y movimiento intelectual. ■